

**COLECCIONES AMERICANAS
(LIBROS Y COMUNIDADES DE LECTURA, 1915-1983)**

**AMERICAN COLLECTIONS
(BOOKS AND READING COMMUNITIES, 1915-1983)**

PABLO ROCCA

UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA (MONTEVIDEO, URUGUAY)

<https://orcid.org/0000-0002-0925-4643>

pabloroccapesce@gmail.com

Resumen

Entre 1915 y 1983 tres series editoriales fundaron o consolidaron la idea de la literatura latinoamericana, según diferentes planes organizativos: una dirigida por Rufino Blanco Fombona en Europa, otra inspirada por Daniel Cosío Villegas e inicialmente conducida por los hermanos Pedro y Camila Henríquez Ureña en México, otra, finalmente, empujada por Ángel Rama en Venezuela. Este artículo examina algunos de sus aspectos editoriales, sus principios constructivos y sus planes tomando en cuenta antecedentes y proyecciones.

Palabras clave: Colecciones latinoamericanas, Canon, Editores, Textos, Proyectos intelectuales (1915-1983).

Abstract

Between 1915 and 1983 three editorial series founded or consolidated the idea of Latin American literature, with different organizational plans: one directed by Rufino Blanco Fombona in Europe, another inspired by Daniel Cosío Villegas and initially led by the brothers Pedro and Camila Henríquez Ureña in México, the last promoted by Ángel Rama in Venezuela. This article examines some of its editorial aspects, its constructive principles and its plans, taking into account antecedents and projections.

Keywords: Latin American Collections, Canon, Publishing Houses, Texts, Intellectual projects (1915-1983).

1. Dos o más Américas

Apenas siete años después de la independencia de Cuba, Manuel Ugarte (1875-1951) publicó en París su antología *La joven literatura hispanoamericana* (1915, [1905]). El oportuno volumen, editado en octavo menor y de poco más de trescientas páginas, el joven Ugarte pretendía renovar las líneas estéticas y comunicárselas al débil estamento pedagógico hispanoamericano. Poemas y prosas de esos territorios donde se hablaba en español (a veces sólo oficialmente) y se leía y escribía en tal lengua, se sumaron en esas páginas en proporciones y porcentajes desiguales según el punto del mapa físico y social americano, según las respuestas a una consulta por escrito realizada por el compilador. El manual incluyó, al cabo, más de un centenar de autores —todos ellos hombres— provenientes del amplio conjunto de esas repúblicas americanas.

En tan vasta zona del mundo, que carecía de repertorios y colecciones de libros que sintetizaran lo reciente, con una crítica e historiografía literarias de fuerte acento nacional, *La joven literatura hispanoamericana* trató de llenar un vacío. El editor francés

Armand Colin aceptó el desafío y distribuyó el producto en América, en especial en México y Río de la Plata. Por esos tiempos las editoriales de cualquier país de América no existían, o si existían apenas habían logrado alguna incidencia en el marco nacional, más que nada en las ciudades capitales y, difícilmente, en la región más próxima.

La extensa introducción, que contrasta con la avara cantidad de páginas para los autores elegidos, apuesta fuerte por una literatura (poética, ficcional, ensayística) jugada al cuidado de la forma antes que a las manifestaciones del color local. Esa, como sabemos, en sustancia ha sido la tensión que recorrió diferentes posiciones en el tiempo y en el espacio, por lo menos hasta finales del siglo XX en las literaturas de América, una tensión que podría bifurcarse en el delicado equilibrio de lo arquetípico con lo político y, por otro lado, en la busca un timbre propio en diálogo con los modelos metropolitanos. Y en esa búsqueda la procura de la respuesta a cuál América y de (o para) quiénes: Hispanoamérica según la hegemonía española; Iberoamérica, cuando se juntó lo español y lo portugués; Latinoamérica bajo criterio más abarcador, en que los franceses tenían su preeminente lugar, subordinando lo indio y lo africano; e Indoamérica, temprano y frustrado intento nominativo con que José Carlos Mariátegui quiso jerarquizar a los pueblos originarios. El sintagma América Latina que, por ahora, ganó la partida, se fue imponiendo hacia 1920 (Ardao, 1987).

Al margen de los esfuerzos de Unamuno, los prestigios de España se diluían en América en el Novecientos. Las élites americanas imaginaban una cierta unidad como destino, entre autonomista y afrancesado, que podía tolerar las formas populares, que podía (o más bien no) insertar en el conjunto al Brasil ilustrado —o a Hispanoamérica si se miraba desde Brasil—, y podía, muy lentamente, asimilar la cultura indígena que, hasta el siglo XIX, se había utilizado para otros fines. Como varios de sus antecesores,

Ugarte pensaba que la escritura de América podía modernizarse por mediación de la literatura francesa. En los albores del nuevo siglo, su pequeño libro multiplicó la discusión sobre lo integracionista y lo moderno, que agitaba a escritores de primera línea residentes en París con rentas diplomáticas, como los hermanos Francisco y Ventura García Calderón o Enrique Gómez Carrillo o Rubén Darío o Manuel de Oliveira Lima; o que disponían de medios propios como los bohemios Horacio Quiroga o Roberto de las Carreras. Poco o mucho, todos los mencionados, y algunos más, transcurrieron por París, “la capital del siglo XIX”, según la célebre hipótesis de Walter Benjamin (Benjamin, [1935] 2012). Tal vez para los latinoamericanos ese estatus parisino se hizo palpable en el cruce de los siglos gracias a los medios editoriales, las revistas —inclusive las propias, como *La Revista de América* o *Mundial Magazine*—, y una sociabilidad que no podían practicar en las extensas e incomunicadas ciudades de origen.

Para que esa red se fortaleciera se necesitaban libros que fijaran sus clásicos y sus promesas de continuidades; por encima de todo se necesitaba una comunidad de lectores que confiaran y validaran ese discurso. Las posiciones no podían ser monolíticas. José Enrique Rodó fue refractario a la postulación central del prólogo de Ugarte y también a su impericia para hacer una antología “breve, bien hecha, y editada en condiciones propias para su vulgarización” (Rodó, [1907] 1967, 631-637). Rodó sabía que sin un catálogo razonado no habría literatura americana ni una idea sólida de esa comunidad heterogénea. Medio siglo antes, Sarmiento había reflexionado sobre este imperativo en su exilio chileno luego de revisar bibliotecas escolares y anaqueles de librerías, que ofertaban más que nada novelas traducidas del francés (Sarmiento, 1949). Otra centuria ocupó este sueño de la razón —o este desvelo— para varios intelectuales que clamaron por editores o se transformaron en tales como una especie complementaria de la actividad crítica, el periodismo y la enseñanza.

2. Las bibliotecas de Rufino Blanco Fombona

El 21 de agosto de 1975 Ángel Rama redactó una circular que remitió a los miembros del Consejo Asesor de la Biblioteca Ayacucho. Este proyecto, afirmó, “reanuda los que parcialmente realizaron grandes figuras intelectuales como Rufino Blanco Fombona y Pedro Henríquez Ureña” (Rama, 2018, 100). Blanco Fombona (1874-1944), venezolano de trayectoria intercontinental, había cumplido en Europa la primera vasta empresa editorial de asunto americano; Pedro Henríquez Ureña, dominicano de prolongada residencia en Argentina, pensó otro proyecto a pedido de un mexicano, Daniel Cosío Villegas, que salió luego de su muerte —y que sale hasta hoy— en su homenaje. Rama, exiliado también y proveniente de Montevideo para su flamante residencia venezolana, se acogía al precedente de otros dos migrantes forzosos para trazar el mapa simbólico americano en tierra ajena, que se hacía propia. Como si el extrañamiento fuera el signo profundo del intelectual latinoamericano. En 1975 el uruguayo en Caracas proponía implícitamente que él y su prospecto editorial venían a completar esos trabajos “parciales”.

La selección no fue inocente ni desacertada. Rama se había interiorizado en la obra de Blanco Fombona en sus primeros tiempos de instalación en Venezuela, tanto que escribió un estudio largo sobre los diarios del escritor, su conflictiva personalidad y su concepción de la literatura y la sociedad americanas. Blanco Fombona había sido crítico literario de interés cosmopolita, difusor de un americanismo radical y antimperialista bajo la inspiración de Simón Bolívar, además de ensayista sobre temas históricos y sociológicos y editor insomne. Por eso, Blanco Fombona podía reivindicarse como el primer gran editor americano. Cuando se vio obligado a salir de Venezuela por razones políticas se instaló primero en París. Allí ocupó el espacio vacante del

editor de autores hispanoamericanos, como lo detalló el cubano Arturo R. de Carricarte en un artículo de *Le Figaro*, que glosó y enriqueció Alfonso Reyes. En la capital francesa, el exiliado inició “su colección de Clásicos Americanos (Casa Editorial Hispanoamericana fundada en París con dinero de México), que la guerra vino a truncar [en la que] dejó preparada una veintena de obras” (Reyes, [1916] 1996, 463). Después se involucró con la poderosa Editorial Garnier, principal divulgadora de la literatura de esta zona del planeta, incluyendo Brasil, adonde uno de los hijos del propietario se trasladaría para fundar su propia casa homónima (Granja, 2018). Dentro de las colecciones de Garnier, Blanco Fombona dirigió la Biblioteca de Grandes Autores Americanos, en la que dio cabida a textos de quienes ya eran juzgados clásicos (Andrés Bello, Juan Montalvo), y otros a los que elevó a esa categoría, como los de Julio Herrera y Reissig, cuya poesía publicó por primera vez en espacio de vasta resonancia, de lo que era perfectamente consciente:

Las revistas de todo el continente insertan sus obras, con esa magnífica piratería literaria nuestra que, entre paréntesis, ojalá dure siempre, como que a ella debe cada escritor americano el tener un público de cincuenta ó sesenta millones y no apenas cuatro gatos de su nativa república (Blanco Fombona, *circa* 1914, XL).

Él mismo, es seguro, estaba entre quienes ejercían esa “magnífica piratería”, en tiempos en que era fácil hacerlo por falta de controles y de convenios internacionales sobre derechos de autor (Martínez Rus, 2001). Y sin esa liberalidad no se hubiera conocido ni una porción básica de textos fundamentales. El joven Pedro Henríquez Ureña valorará este trabajo en 1916: “Blanco Fombona inició la colección hispanoamericana de la casa Garnier [...]. Ahora, en Madrid, inicia otra colección hispano-americana, bajo el

nombre de Andrés Bello, verdadero patriarca epónimo de la cultura de lengua castellana en el Nuevo Mundo” (Apud de León, 2020, 185). En efecto, desde 1915 Blanco Fombona estaba en Madrid, donde fundó la Editorial América. Si París había tomado la delantera en la producción de libros y tenía óptimas condiciones para distribuir en ultramar, en España había un público que debía agregarse para la subsistencia de ese mercado editorial y para la vida misma de una literatura escrita en el español y hasta en el portugués de América. Por cálculos de Ángel Rama, entre ese año y comienzos de la próxima década, Blanco Fombona “dio a conocer no menos de trescientos títulos, en su mayoría de escritores hispanoamericanos” (Rama, 1975, 10); Rafael Ramón Castellanos computó trescientos noventa y dos hasta 1935 (Castellanos, 1982, 166); Yolanda Segnini estimó que la Editorial América anduvo rondando el medio millar de títulos, y que llegó a funcionar dieciocho años, hasta 1933, en pleno apogeo de la República española (Segnini *apud* de León, 2020, 207).

Nueve son las colecciones del sello, no necesariamente correlativas, las Bibliotecas Ayacucho, Andrés Bello, de la Juventud Hispanoamericana, Americana de Historia Colonial, de Ciencias Políticas y Sociales, de Autores Célebres, de Autores Varios, Porvenir y, por último, los folletines La Novela para Todos, catorce en total. Cada serie buscaba sus peculiaridades. La Biblioteca Ayacucho, en homenaje a la batalla con la que Bolívar desalojó a los españoles en 1824, es el mismo nombre que tomará el gran proyecto editorial que se va a fundar en Caracas en 1975. En ella, Blanco Fombona publicó sesenta y tres volúmenes, en privilegio del pensamiento político de algunos próceres (José de San Martín, O’Higgins) y varios intérpretes de la vida histórica y social de América (María Graham, Rafael Urdaneta, Alcides Arguedas, entre otros) (Castellanos, 1982, 162). En 1918, Blanco Fombona saltó la valla de su autoimpuesta frontera y abrió la Biblioteca de Autores Célebres, que alcanzó a publicar ciento cuarenta y tres

títulos. En esta colección, dio a conocer hacia 1919 “Narraciones escogidas” de Machado de Assis, un tomo en rústica compuesto en una caja pequeña, con elegante tipografía de cuerpo 12 y cómodo interlineado. Se trata del primer volumen, que contiene una oncenena de cuentos del gran escritor brasileño, muerto una década antes, traducido al español por el joven políglota Rafael Cansinos-Asséns, futuro maestro de Jorge Luis Borges. Cansinos fue el traductor de autores desconocidos en español en muchas lenguas, que hasta hoy siguen leyéndose en esas versiones, como las obras completas de Dostoiewski que preparó para Editorial Aguilar. El ejemplo permite aquilatar otro gran aporte de los traductores profesionales y en varias oportunidades competentes, que se templaron en experiencias artesanales —como la Editorial América— y que, luego, recuperaron o potenciaron su labor en casas editoras más vigorosas o de alcances mayores. Según se anuncia en la lista de publicaciones al final del libro de Machado de Assis, en su colección se habían difundido obras narrativas y ensayísticas de autores modernos y contemporáneos en otras lenguas, así como de otros tantos autores que lo hacían en español. Por último, con la Biblioteca Porvenir, Blanco Fombona se alejó del sendero americano para centrarse en la difusión de textos políticos de la hora, escritos por Lenin, Trotsky, Bujarin y otros teóricos y políticos de ideas de matriz socialista. Dependiente del mercado, sin subsidios oficiales, debía abrir su catálogo; en esa apertura desnudaba sus afinidades políticas.

El programa y los cuidados latinoamericanos de Blanco Fombona eran claros: una América independiente sin títulos ensimismados en asuntos de aldea; libros populares para crear la mayor cantidad de individuos libres y con sensibilidad social. Sabía que el libro es una mercancía y hasta podría ser un buen negocio que debía protegerse, ya que las exportaciones de libros españoles eran un rubro mal explotado. En una conferencia de 1922 titulada “El libro español en América” repasó esta situación:

La librería extranjera de lengua castellana perjudica, pues, enormemente, en el mercado de América, a la edición española. [...] ¿Qué venden? [...] [Véase] el catálogo de Garnier o el de Bouret o el de Ollendorff, para no salir de Francia, [país] que es, hasta ahora, la mayor concurrente de España en punto de libros. [V]enden, relativamente, muy pocos libros de autores españoles [...] Venden traducciones del francés y venden libros americanos. (*Apud* de León, 2020, 215)

A comienzos del siglo XX los editores franceses controlaban el mercado del libro en América, tanto los mencionados en el pasaje antecitado como Armand Colin —editor de la antología de Ugarte—, Hachette, Louise Michaud y la editorial Franco-Americana (Martínez Rus, 2001, 282). A las políticas comerciales de los españoles que desatendían su vínculo con ultramar, a la incapacidad industrial y distributiva de los respectivos países americanos se sumó —como se dijo— la presencia de escritores de este origen en París, quienes trabajaron como traductores de textos producidos en Europa y que fueron clave para la actualización de las literaturas americanas del pronto denominado *modernismo*. Blanco Fombona impulsó la literatura de imaginación y abrió el cauce hacia un pensamiento social y de nacionalismo continental. Martí, Rodó, Darío o Machado de Assis serán, en lo sucesivo, nombres inevitables para cualquier colección de clásicos. La Editorial América ensanchó el público lector, penetró en diversos rincones de España y de sus antiguas posesiones, defendió el valor de esa escritura. Pese a tan inorgánicas colecciones, que más parecen llevadas a impulsos que por una adecuada o serena planificación, sin textos bien establecidos —como lo vio Henríquez Ureña en cartas a Cosío Villegas de 1945 (Weinberg, 2014, 21, 36)— estos libros promovidos por la terca generosidad de Blanco Fombona le dieron la primera gran ocasión global a la escritura del fragmentado subcontinente.

3. La Biblioteca Americana del Fondo de Cultura Económica (Cosío Villegas y los Henríquez Ureña)

La fuerza de los nacionalismos, muy potentes en Brasil y Argentina, afectaron el general espíritu americanista. Otro tipo de aceleraciones y retrasos, los del campo estético, pautaron la desordenada agenda. Los ensayos de Pedro Henríquez Ureña (1884-1946) y los de José Carlos Mariátegui de fines de la década del veinte certifican la gravedad del asunto. Para Henríquez Ureña, “[p]or los caminos universales, ecuménicos, que tanto se nos reprocha, nos vamos acercando cada vez más a nosotros mismos” (Henríquez Ureña, 1965 [1928], 351); para Mariátegui, sólo empieza a haber literatura nacional en Perú y, por extensión, en toda América, una vez que se supere la fase colonial y se asimile la “cosmopolita” (Mariátegui, [1929]). Si para Henríquez Ureña —en la estela de Rodó— tanto la herencia española como la fuerza de su lengua en la prosodia criolla eran inevitables y hasta deseables, para Mariátegui esa doble raíz era un mal necesario capaz de crear un posterior arte nacional fuerte y, hoy se diría, descolonizado. Henríquez Ureña tuvo más tiempo y una visión más general de América que Mariátegui, a quien sobrevivió más de tres lustros. Desde temprano había advertido la necesidad de pensar estos vastos territorios como un diverso mapa cultural y no sólo como un contradictorio mapa político.

En 1934 se creó en México el Fondo de Cultura Económica, la editorial que se transformó en la más importante de la zona norte de América Latina. Pronto, el Fondo de Cultura Económica fue capaz de ponerse a la cabeza de las editoriales del continente compitiendo con las argentinas, que se desarrollaron velozmente luego de la catastrófica guerra civil desatada en España en 1936 (Garone, 2011; Sorá, 2013 y 2017; Weinberg, 2020). Su animador,

Daniel Cosío Villegas, cercano al presidente Lázaro Cárdenas, había pensado que era una buena oportunidad para México capitalizar el aporte de los intelectuales republicanos españoles, a los que había que abrir las fronteras (Schwartztein, 2001, 34-35; Larraz, 2018). El salto cualitativo fue inmenso. El Fondo de Cultura Económica se armó con la experiencia de muchos exiliados, con la preparación y el talento de jóvenes mexicanos (como Antonio Alatorre o Juan José Arreola) y con la contribución financiera oficial. No conozco datos económicos precisos, pero para apreciar sus enormes posibilidades basta ver las dimensiones de los programas y las sucursales que se fueron instalando en diferentes puntos de América —la primera, Buenos Aires, en 1945—, junto a la red de distribución que hizo llegar sus colecciones a gran parte del mundo de lengua española.

Cosío Villegas se empeñó en potenciar el americanismo literario y con ese cometido lanzó dos colecciones hermanadas: Tierra Firme (1944) y Biblioteca Americana (1947). Para una u otra encomendó muchos títulos y hasta fueron firmaron contratos con autores de distintas partes de América, aunque la mayoría de esas obras no se concluyeron o no se publicaron (Sorá, 2013, 559-560). Tierra Firme se abrió a las obras nuevas de ciencias humanas, originales o en traducción, así como antologías generales de literaturas muy mal conocidas, en general, en toda la América hispánica, como el *Panorama de la poesía brasileña*, preparada por el poeta Manuel Bandeira y publicada en 1946. Por su lado, la Biblioteca Americana se ocuparía de los clásicos del pensamiento, el ensayo y la literatura. Abogado, economista, hombre de Estado y de amplia cultura, Cosío Villegas sabía de la importancia de Henríquez Ureña, a quien conoció personalmente en Buenos Aires. No le llevó mucho tiempo darse cuenta que estaba ante el más capacitado para dirigir una colección latinoamericana.

Pedro Henríquez Ureña se formó en una familia poseedora de una buena posición y una sólida cultura humanística en Repú-

blica Dominicana. Vivió en su juventud en Estados Unidos, Cuba, España, México (dos veces) y, finalmente, ya con obra reconocida, se radicó en La Plata, Argentina. Ese periplo lo familiarizó con varias zonas culturales y lingüísticas. Cuando a fines de 1944 fue convocado para pensar esa colección por Daniel Cosío Villegas, el intelectual dominicano en el exilio dirigía una análoga llamada “Grandes Escritores de América” para la editorial Losada de Buenos Aires, que casi al mismo tiempo “se suspendió porque costaba muy caro” (*Apud* Weinberg, 2014, 22). De inmediato aceptó la invitación, si bien no estaba en condiciones de salir de Argentina, donde tenía familia y trabajo universitario. Cosío Villegas se avino a esa conducción distante y procuró a quien pudiera coordinar en México los mil trámites de edición, máxime cuando sus intenciones, como se lo comunica el 30 de mayo de 1945, eran la de admitir “*todos* los géneros: historia, novela, poesía, ensayo, teatro, ciencia inclusive”. Pero nunca mencionó en esas cartas que hubiera que preocuparse por la cantidad de páginas de los títulos seleccionados (*Apud* Weinberg, 2014, 24). Esa carta libre facilitó la respuesta de Henríquez Ureña, quien el 1º de julio mandó una lista con cincuenta y tres obras, desde “los primeros viajeros y cronistas, [...] los clásicos indiscutidos de nuestra tradición intelectual (el Inca Garcilaso, Lizardi, Bolívar, Sarmiento, Martí), autores que habían merecido una larga reflexión crítica por parte de Henríquez Ureña y Alfonso Reyes” (Weinberg, 2014, 26). El 17 de julio, Henríquez Ureña pensó en temas o asuntos, aún sin plena certeza de su inserción en el plan: “cronistas de Indias, escritores coloniales, escritores del siglo XIX (o esta serie podría subdividirse en poetas, historiadores, etcétera”. Además, opinó que Brasil debía estar presente, como lo estaba en la colección Tierra Firme, pero que “habrá que hacer buenas traducciones” (*Apud* Weinberg, 2014, 29). La misma desconfianza ante las pocas traducciones de literatura brasileña —como en el ejemplo de Machado de Assis, a quien prueba conocer al dedillo en sus panoramas de la

literatura y en esta correspondencia— se hace celosa vigilancia con relación al estado de los textos. Para esto, pide contratar correctores serios y adquirir bibliotecas de clásicos nacionales confiables para su transcripción (*Apud* Weinberg, 2014, 35-36 Carta a Cosío Villegas, 25/XII/1945). La falta de archivos o su dispersión ni siquiera está en el horizonte del editor, porque la compulsión de manuscritos, de haberlos, sería impracticable. Esa era la general precariedad: pocas ediciones, menos especialistas, incomunicación entre los países. Atender debidamente este punto permite aquilatar la contribución futura de las colecciones del Fondo de Cultura Económica, que —como se dijo— pronto empezaron a circular por todo el mundo de lengua española formando una nueva sensibilidad y ampliando los círculos de conocimiento cultural de y en las diferentes regiones.

El 2 de febrero de 1946, después de varias consultas sobre nombres seguros para hacerse cargo de las tareas en México, Cosío invitó a Camila Henríquez Ureña, hermana de Pedro, y refinada crítica, entonces residente en Estados Unidos. Una anotación sobre el público al que se destinarán estos libros revela que el emprendedor mexicano espera que no solo esté compuesto por “maestros lectores hispanoamericanos, sino [...] profesores y estudiantes norteamericanos”. El editor madura su idea y sueña “con una gran colección de 500 o 600 volúmenes [que] podría llamarse «Los Clásicos de América» o «La tradición de América» [en la que] habría tres grandes secciones: la literatura indígena, la de la época colonial y la de la era independiente” (*Apud* Weinberg, 2014, 39-40). Pero los sueños se ven gravemente amenazados porque no es sencillo conseguir quiénes prepararán los volúmenes o redactarán los mismos prólogos. Esa ausencia impone un límite y un freno.

La existencia de estas colecciones, aun cuando hayan publicado un bajo porcentaje de los títulos proyectados, pasa en limpio su enorme gravitación en quienes se formaron hacia 1940 a un

lado y otro de las lenguas europeas de América y que se dedicaron tanto o más a la escritura crítica que a la ficción o la poesía. En otras palabras, podríamos decir que sin un proyecto de esta clase los saberes americanos de Rafael Gutiérrez Girardot, Ana María Barrenechea, Noé Jitrik, Antonio Candido, Emir Rodríguez Monegal o Ángel Rama se hubieran visto reducidos a la consulta de libros nacionales, caso a caso, con la mejor de las suertes. La Biblioteca Ayacucho se servirá de estos profesionales para preparar ediciones, cronologías y prólogos, aunque en los años setenta seguirán los aprietos para conseguir traductores del portugués, una lengua que estaba lejos de ser familiar para la *intelligentsia* hispanohablante.

En pleno fervor, el 11 de mayo de 1946, ocurrió la muerte repentina de Pedro Henríquez Ureña. El terrible golpe casi retrajo a su hermana, pero el empeño de Cosío Villegas la convenció de que había que seguir y que debía homenajear a su inspirador. A finales de ese año o comienzos del siguiente, apareció un folleto que anunciaba que la Biblioteca Americana había nacido para combatir “el desconocimiento de los valores de la América hispánica” (*Apud* Weinberg, 2014, 73). El sintagma “América hispánica” había sido el utilizado por Henríquez Ureña en su ciclo de conferencias, al que prefirió antes que el de “América latina” o el menos exitoso de “Indoamérica”. Como sea, y casi como un manifiesto de una nueva idea de América, el primer título de la colección fue el *Popol Vuh*, en edición a cargo de Adrián Recinos. Camila Henríquez Ureña dobló la apuesta de su hermano y propuso a Cosío, el 28 de marzo de 1946, reproducir los textos en portugués en esa misma lengua, “tanto porque su traducción significaría una labor en muchos casos imposible de realizar, como porque debemos intentar obligar a los latinoamericanos a leerlo” (*Apud* Cervantes Becerril, 2022, 311). La osada idea no se cumplió. Camila había pensado editar casi todas las novelas de Machado de Assis y ni siquiera llegó a publicar un solo título bra-

sileño; cuando en 1951 salió *Memórias póstumas de Bras Cubas*, con prólogo de Lúcia Miguel Pereira, se hizo en traducción de Antonio Alatorre, quien junto con Arreola ofició de asistente de la dirección. Camila Henríquez Ureña siguió al frente de la tarea hasta 1948, y hasta el siguiente año sólo aparecieron ocho títulos de los centenares previstos (Cervantes Becerril, 2022, 312).

Ciertamente, esas ediciones fueron cuidadas, anotadas, con prólogos relevantes, de un esmerado diseño; al principio en volúmenes en octavo (de distintos tamaños), encuadernados en pasta, con sobrecubierta de delicada cartulina, en cuyas portadas lucen viñetas sobre un extenso fondo claro. Con otros diseños y el mismo rigor, la Biblioteca Americana siguió adelante, fiel a la prudente decisión de fundar una tradición antes que inmiscuirse en los espinosos debates de la hora. Su riquísimo plan, aun limitado a pocos títulos, marcó un rumbo sobre la literatura americana más allá de lo estrictamente contemporáneo y fuera de los márgenes de los padres fundadores de las nacionalidades, ya que recuperó la escritura de los pueblos originarios, la de la conquista, la primera colonización y avanzó por el siglo XIX.

4. La Biblioteca Ayacucho y los planes de Ángel Rama

La revolución cubana y su principal institución cultural, la Casa de las Américas, alentaron la idea de una América socialista. Sus concursos y su revista, que sigue saliendo, convocaron en los sesenta a lo más selecto de los creadores latinoamericanos, y no sólo a ellos. Ese proceso trató de completarse con la publicación de colecciones de autores del continente mestizo, en cuyos catálogos resaltaron más los contemporáneos que los clásicos, salvo el culto a Martí. Ángel Rama (1926-1983) estuvo adentro de ese cometido: viajó a la isla, donde trabajó intensamente (Fernández Retamar, 1993); defendió las políticas oficiales cubanas

hasta 1971 y —como venimos a saberlo con la correspondencia en vías de publicación (Rama, 2022)— preparó informes que elevó a Haydée Santamaría, presidenta de la Casa de las Américas, sobre sus gestiones para captar la atención de intelectuales, a los que sugirió como posibles colaboradores. Como sabemos por ese mismo epistolario, se alejó cuando los problemas derivados del encarcelamiento al poeta Heberto Padilla. Antes de esos desencuentros, la favorable onda expansiva de la Cuba revolucionaria reveló un nuevo sentido de lo latinoamericano, anticapitalista y antimperialista; y por su ejemplo, en distintas partes surgieron colecciones de autores latinoamericanos con el mismo acento en lo presente más que en el pasado remoto.

La muy prolífica actividad de Rama como crítico literario en la prensa y las revistas de su país y de América, en libros y medios académicos ha disimulado su labor como editor de libros y revistas, desde muy joven y hasta su muerte. Había empezado en 1951 en una experiencia artesanal, la editorial Fábula y antes, aun, junto a un grupo de estudiantes luego célebres, en una revista universitaria sobre literatura y filosofía (*Clinamen*, 1947-48), pero fue a partir de 1962, cuando cofundó en Montevideo la editorial Arca, que vigorizó ese papel. Ninguno de sus contemporáneos fue capaz, como él, de *superponer* la actividad crítica, periodística, docente, investigativa y editorial. Ese enorme trabajo contribuyó con su formación al día y lo puso en inmejorable situación para intervenir en un ámbito propicio cuando, a poco de vivir en Caracas, forzado por el exilio a que lo condenó la dictadura iniciada en su país en junio del 73, concurrió junto a una delegación de intelectuales venezolanos a una entrevista con el presidente Carlos A. Pérez, a mediados de septiembre de 1974. Electo un año antes bajo un programa socialdemócrata y estatista, ese primer gobierno de Carlos A. Pérez, beneficiado por el aumento del precio del petróleo, intentó un liderazgo democrático en América cuando crecía por esos territorios la sombra del autoritarismo.

Los intelectuales vieron su oportunidad, que Rama aprovechó al máximo, como se lo narró, eufórico, a Gutiérrez Girardot en una carta del 16 de octubre de 1974:

Logré convencer a varias figuras político-culturales de aquí [...] para poner en funcionamiento [...] una Biblioteca Latinoamericana, destinada a recoger en unos 300 volúmenes, lo más importante de la literatura, el pensamiento y las manifestaciones centrales de la cultura latinoamericana. Es en cierto modo la Biblioteca Americana de Pedro Henríquez Ureña, pero no como colección abierta al infinito, sino como una biblioteca cerrada que implique un balance al día de la producción, desde el *Popol Vuh* [...] hasta *Ficciones* de Borges. Es el más ambicioso plan imaginable, pero se lo presenté al presidente actual, que está viviendo a consecuencia del boom del petróleo, una reviviscencia del espíritu bolivariano y le pareció espléndido, decretando de inmediato la creación de esta Biblioteca que se llamará, claro está, Ayacucho. (Rama, 2022, 16/IX/1974)

En efecto, la Biblioteca Ayacucho nació por decreto presidencial dos meses después de ese encuentro, el 12 de diciembre de 1974. Se trató del paso inicial que consagró la Ley Nacional de la Cultura, de 1975, en la que se proyectaron muchas iniciativas de gran alcance transformador de la cultura letrada del país. La primera Comisión editora de la Biblioteca Ayacucho tenía seis miembros (Pacheco y Guevara, 2003/04). Rama fue el “director literario” de la colección entre 1974 y 1983, desde el primer volumen hasta el 106, es decir un tercio del total que imaginó, pero mucho más de lo que pudo concretarse en ese lapso en cualquier momento anterior.

Aunque debió coordinar y negociar con la Comisión, en un ambiente que nunca debió ser fácil, Ángel Rama concentró el mayor poder en la elección de autores, obras, responsables de las

ediciones, prologuistas y encargados de las cronologías comparadas que cada volumen incluyó al final del mismo. Pero también escribió varios prólogos y una cronología, se ocupó de una correspondencia entre intelectual y administrativa asombrosamente extensa, cuidó los contratos, anduvo detrás de los responsables de los derechos de autor y hasta intervino en la selección de las imágenes con que se ilustraba la portada de cada volumen, que siempre era una pintura latinoamericana. Todo eso en un mundo gobernado por un correo postal cuyas lentitudes, pérdidas, incumplimientos y censuras en los países tomados por dictaduras en América estaban al orden del día, y que a veces la censura detenía en los países ocupados por regímenes dictatoriales. A efectos operativos, el presupuesto del que dispuso debió ser alto y parece haberlo manejado con libertad, como se nota en varias cartas a distintos colaboradores a quienes ofrece diferentes y nada desdeñables sumas de dinero por su trabajo. Por ejemplo, el 22 de marzo de 1976 ofreció a Mario Vargas Llosa por el prólogo a *Los ríos profundos*, de José María Arguedas, “la cantidad de mil dólares, que espero te parezca adecuada, si no házmelo saber”, que no llegó a entregar o que nunca se publicó; el 31 de mayo de ese mismo año 1976 dijo a su compatriota José Pedro Díaz que disponía de “600 dólares americanos” para el trabajo de recopilación, notas y cronología para el volumen de Felisberto Hernández.

Sorteados los muchos obstáculos los tomos variaron en la cantidad de páginas: algunos fueron muy voluminosos (como *Museo de la novela de la eterna*, de Macedonio Fernández; otros, breves, como *Memorias de un sargento de milicias*, de Manuel A. de Almeida; otros intermedios, como la antología *La nación latinoamericana*, de Ugarte); todos fueron publicados en cuarto menor, tanto en rústica como en pasta y, en este caso, con sobrecubierta. Para el diseño de la carátula se eligió un fondo negro con letras blancas y el número de cada tomo en colores, que cambiaban su

tonalidad en cada entrega. Ese fragor y su público despliegue le aparejó varias suspicacias. El 23 de abril de 1976 le contó en carta a Gutiérrez Girardot: “Ya el Fondo se niega a permitir que publiquemos *Los de abajo* de Azuela, pues creo que consideran que entramos en competencia con ellos: se olvidan que en veinte años sólo han publicado un centenar de títulos de la Biblioteca de Don Pedro, cantidad que yo haré en un solo año” (Rama, 2022).

La Biblioteca Ayacucho consolidó la noción de clásico latinoamericano contemporáneo, algo que Blanco Fombona había prefigurado con la desventaja de estar publicando con el respaldo principal de los lectores, de una acumulación menor y de un arrojito mayor cuando se trató de establecer a Rodó, Darío o Herrera y Reissig como escritores de los que ya no se podría prescindir. En la Biblioteca Ayacucho tuvieron lugar los textos fundamentales que, en principio, defendían la idea de una literatura americana, esos que ya estaban sedimentados por el paso del tiempo y la defensa de lecturas anteriores: *Ariel y Motivos de Proteo*, de Rodó, las *Tradiciones peruanas*, de Ricardo Palma, *Facundo*, de Sarmiento, *Noli me tangere*, de José Ritzal, *Cuentos y Quincas Borba*, de Machado de Assis (el único autor que tuvo dos volúmenes en los primeros cien), *Los sertones* (*Os sertões*, de Euclides da Cunha y otras piezas brasileñas para las que contó con la asesoría de Antonio Candido y, bastante menos, de Darcy Ribeiro (Ribeiro, 2009; Rama y Candido, 2018). En el plan prevaleció la idea que Rama tenía de la literatura y el arte, y no sólo porque —según su formación— dominó la narrativa, la poesía y el ensayo antes que otras disciplinas humanísticas, el pensamiento, por ejemplo. En suma, la escritura de América buscó proponerse en armoniosa combinación de todas las épocas y estilos. Aunque el financiamiento provenía totalmente de las arcas del Estado venezolano y en la Comisión editora dominaban quienes tenían esta nacionalidad corresponde observar cómo se evitó la multiplicación de las piezas de este origen en el plan general, del que conocemos

su efectiva realización y no los autores y títulos proyectados, a excepción de los brasileños, según el diálogo establecido con los mencionados Candido y Ribeiro.

Rama continuó a cargo de la Biblioteca Ayacucho incluso cuando la situación política en Venezuela entró en una fase crítica, y hasta cuando él mismo salió hacia Estados Unidos, de donde fue expulsado bajo la “acusación” de comunista, y luego cuando se instaló en París. Desde allí siguió con el trabajo hasta el borde de su muerte accidental, ocurrida en las cercanías del aeropuerto de Barajas el 27 de noviembre de 1983, en aquella tragedia en la que murió la narradora y gran crítica de arte Marta Traba y los notables narradores Manuel Scorza y el inimitable Jorge Ibargüengoitia. Desde entonces, la Biblioteca Ayacucho prosiguió con muchos tropiezos, pero nunca recuperó aquel empuje ni aquel brillo. Su ejemplo capitaliza críticamente los aportes anteriores, en especial el de Henríquez Ureña, un poco maestro y otro tanto sombra que se quiere apartar para poder abrir un camino distinto. Entre todos, sirven de guía para colecciones futuras, aun en medio de la gran confusión electrónica, que desafía como nunca cualquier política de edición, lo cual se puede advertir en que sólo parcialmente ha fructificado una notable colección, Archivos de la UNESCO, iniciada a comienzos de la década del ochenta, y de accidentada vida reciente. Pero esta colección surgió bajo otros propósitos menos divulgativos que las anteriores, más científicos si se quiere, y ya no tan redentores de la idea de América, de cualesquiera ideas de América, algo que —como todo en este siglo XXI— se multiplica y se fragmenta.

Referencias

- Ardao, Arturo. (1987). *La inteligencia latinoamericana*. Montevideo: Universidad de la República.
- Bandeira, Manuel. (1946). *Panorama de la poesía brasileña. Acompañada de una breve antología*. Trad. de Ernestina de Campourcin. México: Ed. Fondo de Cultura Económica. Colección Tierra Firme.
- Benjamin, Walter. (2012). *El París de Baudelaire*. Trad. de Marina Dimópulos. Buenos Aires: Eterna Cadencia [1935].
- Blanco Fombona, Rufino. (1914). "Prefacio". *Los peregrinos de piedra*, Julio Herrera y Reissig. Paris: Garnier, circa, pp. V-XLIII.
- Blanco Fombona, Rufino. (1975). *Rufino Blanco Fombona íntimo. Prólogo de Ángel Rama*. Caracas: Monte Ávila.
- Candido, Antonio y Ángel Rama. (2018). *Conversa cortada. A correspondência entre Antonio Candido e Ángel Rama. O esboço de um projeto latino-americano, 1960-1983*. Edição, prólogo y notas de Pablo Rocca. Traducción de los textos en español de Ernani Ssô. São Paulo: Editora da Universidade de São Paulo/ Ouro sobre Azul.
- Castellanos, Rafael Ramón. (1982). "Rufino Blanco Fombona y la editorial América". *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Caracas. <https://biblat.unam.mx/hevila/BoletindelaAcademiaNacionaldeHistoriaCaracas/1982/vol65/no257/13.pdf>
- Cervantes Becerril, Freja. (2021). "Camila Henríquez Ureña, directora editorial de la Biblioteca Americana". Liliana Weinberg (org.). *Redes intelectuales y redes textuales. Formas y prácticas de la sociabilidad letrada*. México: UNAM/CIALC, pp. 297-315.
- De León Olivares, Isabel. (2019). *El continente en la isla, la isla en el continente: República Dominicana y las redes intelectuales latinoamericanas entre 1880-1930*. Tesis de doctorado. México: UNAM. (Versión digital).
- Fernández Retamar, Roberto. (1993). "Ángel Rama y la Casa de las Américas". *Casa de las Américas*. Núm. 192, julio-septiembre, pp. 48-63. (Reproducido en *Ángel Rama y los estudios latinoamericanos*, Mabel Moraña (ed) Pittsburgh: IILL, 1997, pp. 295-317).
- Garone Gravier, Marina. (2011). *Historia en cubierta. El Fondo de Cultura Económica a través de sus portadas (1934-2009)*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Granja, Lucia. (2018). "Chez Garnier, Paris-Rio (de Homens e de Livros)". *Suportes e mediadores: a circulação transatlântica da literatura (1789-1914)*. (Organização de Lucia Granja e Tânia de Luca). Campinas/São Paulo: Unicamp, pp. 55-80.
- Henríquez Ureña, Pedro. (1949). *Las corrientes literarias en la América hispánica*. Trad. de Joaquín Díez Canedo. México: Fondo de Cultura Económica.
- Henríquez Ureña, Pedro. (1965). *Selección de ensayos*. Antología y prólogo de José Rodríguez Feo. La Habana: Casa de las Américas, Colección Literatura Latinoamericana.
- Larraz, Fernando. (2018). *Editores y editoriales del exilio republicano de 1939*. Sevilla: Renacimiento/ Biblioteca del exilio.
- Mariátegui, José Carlos. (1979). *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Edición y prólogo de Aníbal Quijano. Caracas: Biblioteca Ayacucho [1928].

- Martínez Rus, Ana. (2001). "El comercio de libros: los mercados americanos". *Historia de la edición en España, 1836-1936*, Jesús A. Martínez (dir.). Madrid: Marcial Pons, pp. 269-305.
- Mondragón, Rafael. (2016). "La memoria como biblioteca. Pedro Henríquez Ureña y la Biblioteca Americana". En Ugalde Quintana, Sergio y Ette, Ottmar (editores), *Políticas y estrategias de la crítica: ideología, historia y actores de los estudios literarios*. Madrid/ Frankfurt am Main: Iberoamericana-Verveut, pp. 191-204.
- Pacheco, Carlos y Marisela Guevara Sánchez. (2003-2004). "Ángel Rama, la cultura venezolana y el epistolario de la Biblioteca Ayacucho". *Estudios. Revista de Investigaciones Literarias y Culturales*, núm. 22-23, Caracas, junio-julio, pp. 99-136.
- Rama, Ángel. (2001). *Diario, 1974-1983*. Prólogo y notas de Rosario Peyrou. Montevideo: Trilce.
- Rama, Ángel, Berta e Darcy Ribeiro. (2015). *Diálogos latino-americanos. Correspondencia*. Organización, estudios e notas de Haydée Ribeiro Coelho y Pablo Rocca. São Paulo: Global.
- Rama, Ángel. (2022). *Correspondencia*. Edición de Amparo Rama y Rosario Peyrou. Montevideo: Estuario/Hum (en prensa).
- Ribeiro Coelho, Haydée. (2009). "O Brasil na Biblioteca Ayacucho: vertente literária e cultural". *O Eixo e a Roda*, vol. 18, N° 2, Belo Horizonte. <http://dx.doi.org/10.17851/2358-9787.18.2.85-103>
- Reyes, Alfonso. (1996). "Las bibliotecas americanas". *Obras completas de Alfonso Reyes*, tomo VII. México: Fondo de Cultura Económica, [1916], pp. 462-465.
- Rocca, Pablo. (2015). *35 años en marcha (Mapa de la escritura en el semanario Marcha, 1939-1974)*. La Habana: Casa de las Américas, Cuadernos Casa, 55.
- Rodó, José Enrique. (1967). *Obras Completas*. (Editadas con introducción, prólogos y notas por Emir Rodríguez Monegal). Madrid: Aguilar, 2ª ed. aumentada y corregida, [1907].
- Sarmiento, Domingo F. (1949). "Ortografía, instrucción pública, 1841-1854". *Obras completas*, Domingo F. Sarmiento. Buenos Aires: Ed. Luz del Día. (Tomo IV).
- Schwarzstein, Dora. (2001). *Entre Franco y Perón. Memoria e identidad del exilio republicano español en Argentina*. Barcelona: Crítica.
- Sorá, Gustavo. (2013). "Misión de la edición para una cultura en crisis. El Fondo de Cultura Económica y el americanismo en Tierra Firme". Altamirano, Carlos (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina II. Los avatares de la "ciudad letrada" en el siglo XX*, Madrid: Katz, pp. 537-566.
- Sorá, Gustavo. (2017). *Editar desde la izquierda en América Latina. La agitada historia del Fondo de Cultura Económica y de Siglo XXI*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Ugarte, Manuel. (1915). *La joven literatura hispanoamericana. Pequeña antología de prosistas y poetas*. París: Librería de Armand Colin, [1905].
- Weinberg, Liliana. (2014). *Biblioteca Americana: Una poética de la cultura y una política de la lectura*. México: Centzontle/Fondo de Cultura Económica. (Edición electrónica).

- Weinberg, Liliana. (2016). "Pedro Henríquez Ureña. La edición como una operación social". En Ugalde Quintana, Sergio y Ette, Ottmar (editores), *Políticas y estrategias de la crítica: ideología, historia y actores de los estudios literarios*. Madrid/ Frankfurt am Main: Iberoamericana-Verveut, pp. 175-190.
- Weinberg, Gregorio. (2020). *Escritos sobre el libro y la edición en América Latina*. Buenos Aires, Unipe/Clacso. (Pedro Daniel Weinberg editor). (Libro digital. Pdf).